

CAPITULO NOVENO

DECLARACION RECÍPROCA

Profundamente disgustada se hallaba Gabriela por la carta de Carlos. Ya me figuró lo que habrá dicho,—decía la niña—seguramente que escribió la carta tan luego como llegó a su casa esa misma noche. Y a propósito, ¿dónde dejé yo esa carta? ¿Estará en el cajón de mi buró? Bueno estaría que papá diese con ella. . . . Iba a cerciorarse de si habría o no dejado la carta en el cajón del buró, cuando el señor Villarreal, su padre, entró a la habitación de la niña y mostrándole un sobre que llevaba en la mano, dijo: Gabrielita, hija mía: es preciso que no seas tan descuidada. ¿Por qué no guardas tus cartas en tu escritorio? Luego como notara que las mejillas de su hija se cubrieran de rojo carmín, agregó: Gabrielita, tu nunca has tenido secretos para mí, ¿quieres decirme quien te escribe esta carta? La niña, que no sabía de embustes, ni tenía tampoco que temer la cólera de su padre, pues aparte de que este sentía verdadera adoración por ella, la había educado conforme a sus ideas, de manera que no podían existir secretos entre ellos, contestó: Infórmate papacito.

—Oye, niña—dijo el anciano tenedor de libros—¿Y quién es este jóven que se avergüenza de haber tenido la audacia, según

dice, de declararte su amor? ¿No es digno de tí?

—Sí que lo es,—contestó la niña—solamente que hemos reñido, es decir, no precisamente eso, si no que debe haberse enfadado por que intencionalmente me he mostrado indiferente con él

Bueno, ¿pero quién es ese jóven?—preguntó de nuevo el padre de la jóven

—Carlos de la Puente, un empleado de la casa de los señores R. R. & Co. ¿le conoces tú, papacito?

—Sí,—contestó el padre—hace siete u ocho años que le conozco, desde que trabajaba yo en esa casa, desde cuando era casi un niño

—¿Te disgusta que tenga relaciones con él?

—Al contrario, es un muchacho trabajador y no es remoto que algún día llegue a ser rico. Solamente te recomiendo, o mejor dicho, te prohibo que le escribas, si él te ama verdaderamente y piensa casarse contigo lo mejor será que pase a nuestra casa

Luego, cambiando de conversación agregó: hoy tengo que asistir a una junta, probablemente volveré hasta después de la una; sería mejor que te fueras a casa de Elvira, digo, si ella no viene a visitarte

Gabriela, como viera que su padre iba a retirarse, deteniéndolo junto a la puerta le decía: «tengo que comprar algunas cosas, ya sabes que esta noche se verifica el baile, y no tengo.»

—Toma,—dijo el padre—colocando algunas monedas en la mano de su hija a quien dió un beso en la frente

—Gabriela, que no cabía en sí de gozo, empezó desde luego a formar proyectos para el futuro, pensando además en lo mucho que tendría que decir a Carlos cuando se viesen en el baile. De pronto la asaltó la duda de si concurriría Carlos al baile. ¿Cómo haría para saberlo? ¿Le escribiría? No, eso no. Pero... ¿Iría él al baile? Tal vez habría pensado en no ir, puesto que tampoco había estado en el juego de base-ball

—Lo mejor que debo hacer, pensó la joven después de haber estado reflexionando sobre lo que tendría que hacer, es irme a ver a Elvira, quizá entre las dos encontremos el medio de conseguir que mi Carlos no falte al baile

Llegó Gabriela a la casa de Elvira, y no bien había cambiado con ella el beso del saludo, cuando le dijo muy precipitadamente como lo dicen todo las muchachas:

Elvira, papá acaba de informarse de mis relaciones con Carlos y quisiera que me ayudases a buscar el medio para informarnos si Carlos concurrirá al baile

—Elvira que de pronto pensó que hubiera pasado alguna escena desagradable entre padre e hija, preguntó: ¿Y qué te ha dicho tu papá? se habrá enojado mucho, seguramente, ¿verdad? Gabriela, viendo que Elvira se había puesto muy seria, contestó riendo alegremente:

¿Qué se iba a disgustar papá....! Lo único que me prohibió fué que le escribiera, pues dice que si Carlos me ama verdaderamente tendrá que pasar a casa; él no se opone a nuestras relaciones

¡Bendito sea Dios! ¡Qué feliz eres!—exclamó Elvira—yo creía que se trataba de otra cosa—te felicito, chica, te felicito, y espero que tú me felicitarás a tu vez mañana o quizá esta misma noche, digo, si.....

—Sí,.... ¡Pues ya lo creo que si.... —interrumpió Gabriela—En la primera oportunidad te presentaré a Marcelino, pero como es o parece ser tan.... vamos.... no encuentro manera de explicarte, y la verdad si tú no lo obligas a que te dirija la palabra, dudo que él pronuncie una sola sílaba. Si Carlos concurre al baile, lo primero que haré es presentarte a él, luego a Marcelino, y como Carlos es de un carácter muy diferente, seguro que con dos o tres palabras que yo le diga, las cosas tomarán un buen aspecto. Yo te aseguro que Carlos es capaz de hacer que Marcelino, con todo y su timidez, se te declare, si yo le digo que lo intente.

—Pues yo creo que lo único que puedes hacer es escribirle,—contestó Elvira—El muchacho tiene razón, bien es verdad que ni él ni Marcelino saben que los estuvimos viendo por entre bastidores, pero de todos modos, no es justo que lo atormentes, ya ves lo que te dice en su carta.

—Dices bien. ¿Qué le diré?

—Dile que necesitas hablar con él y esperas no faltará al baile que se celebra esta noche

*
* *

Carlos, que se había arrepentido de lo escrito a Gabriela, y viendo que la respuesta tardaba demasiado, decía a cada momento: «Si yo hubiese reflexionado un poco, no habría dicho nada a esa chica»

Como sucedió que Manolo le preguntara si tenía intenciones de ir al baile que se celebraba esa noche, y del cual ni siquiera se acordaba por estar tan preocupado con el asunto de la carta, no bien había oído la pregunta que se le hiciera, cuando comenzó a decir:

¡Mardita sea mi estampa y la mano que ha escrito esos garabatos! ¿Pero que aguardo yo que no me voy a tirar al río o me trago medio kilo de estriknina? ¡El baile....! ¿Cuando me había yo acordado del dichoso baile? Oye tú Marcelino,—dijo acercándose a éste—Ésta noche, cuando veas a Gabriela en el baile, le dices: Señorita; no se olvide Ud. de rezar un padre nuestro por el alma del pobrecito Carlos, que a esta hora es ya difunto

—Bueno,—contestó Marcelino—cumpliré con tu encargo, pero primero infórmate de lo que dice esa carta que acaba de dejar para tí un cartero

—¡Gran Dios! Una carta....¿pero es para mí?

Dame esa carta. Seguramente ha sonado la hora de que me despida de todos ustedes.....No te se olvide decir a Gabriela que rece por mí....!

Abrió el muchacho la carta, y tan pronto como leyera lo que Gabriela le decía, exclamó lleno de alegría: ¡Que si voy al baile....pues claro está que sí voy

Serían las nueve de la noche cuando dió principio el baile. Los amplios y elegantes salones del Círculo Tampiqueño presentaban un bellissimo aspecto; multitud de parejas comenzaban a girar al compás del cadencioso vals con que había principiado la fiesta

Elvira y Gabriela aparecieron en el salón acompañadas del Sr. Villarreal en los momentos que terminaba el vals. Varios jóvenes se acercaron a Gabriela con objeto de suplicarle se dignara presentarlos con Elvira. La chica obsequió desde luego sus deseos y al ver en aquel momento entrar a Carlos y a Marcelino, dijo a Elvira: No olvides lo que te dije. Acercose Carlos a la hermosa Gabriela y tras de haberla saludado, con la mayor finura, le preguntó si deseaba dar una vuelta por los salones. La muchacha, sin responder a su pregunta, se apresuró a decirle que llamara a Marcelino, pues deseaba presentárselo a Elvira. Carlos, que en aquellos momentos se sentía el hombre más feliz de la tierra, acercándose a Marcelino le dijo:

—Gabriela desea hablar contigo, haz favor de venir

—Elvira—dijo Gabriela—tengo el gusto de presentarte a los señores Carlos de la Puente y a Marcelino Gutiérrez. Marcelino y Carlos se inclinaron respetuosamente ante Elvira. Gabriela, enlazando su brazo al de Carlos, dijo a su amiga; El señor Gutiérrez se sentirá indudablemente muy dichoso si le concedes bailar con él

—Si la señorita es tan bondandosa, nada me causaría más grande placer—contestó Marcelino. Levantose Elvira de su asiento y aceptando el brazo que Marcelino la ofrecía, se dirigió con él hacia un sitio en que se veían pocas parejas, y como impulsados por un mutuo deseo de buscar la soledad

Habían llegado ambos jóvenes al extremo del salón, cuando Elvira, dirigiéndose a Marcelino, dijo: Tal vez haría mal en aceptar su invitación, hace mucho tiempo que no bailo y parece que empiezo a sentirme mal.

—También yo iba a dar a Ud. una disculpa, señorita; hace mucho que no bailo y..... pero si Ud. desea.....

—Me siento mal dijo Elvira. Si usted gusta nos sentaremos allí cerca de la ventana—hace mucho calor en el salón

Así que hubieron tomado asiento los dos jóvenes, Elvira, que hasta allí había seguido al pie de la letra las instrucciones que le diera Gabriela, dijo a Marcelino: Me cau-

—saría verdadera pena que por hacerme usted compañía se privara de bailar

—Señorita—respondió Marcelino— el placer que experimento al hallarme en su compañía es infinito, pero mucho más deseearía que se encontrara bien, aunque yo me privara de tan inmenso placer.... hay tantos jóvenes que se considerarían tan dichosos por bailar con Ud.

—Parece que ya me siento mejor, si le parece a Ud. daremos una vuelta—dijo la joven a la vez que se ponía en pié

Aun resonaban los acordes de un vals, y Marcelino, olvidándose de que hacía mucho que no bailaba, de que había dicho a Elvira que iba a darle una disculpa y de que ella le había hecho saber que no se sentía bien, pasando su brazo por la cintura de su gentil pareja, se lanzó al torbellino, llevando entre sus brazos al ángel de su felicidad

—Señorita;—dijo Marcelino en el momento en que por dar reposo a la niña cesó de bailar—ruego a Ud. me perdone; ha sido Ud. demasiado bondadosa conmigo; juro a Ud. que tan solo por gozar un instante de la felicidad de bailar con Ud. me olvidé de que Ud. no se siente bien. No he podido evitarlo, comprendo que he hecho mal, muy mal, y con gesto expiaría mi falta.... creo que haré bien en retirarme de su presencia, tal vez será mejor retirarme del baile.....

—No, no ha sido nada,—decía la niña—ya me siento bien....no....no se prive

Ud. de bailar....yo no bailo bien....y...

—Señorita—decía Marcelino—¿me perdona Ud?

—La llegada de Gabriela y Carlos puso fin al diálogo de los jóvenes

¿Por qué no bailan Uds.—preguntó ésta—¿Te sientes mejor Elvira?

—Sí, sí, ya estoy bien....¿no has bailado?

—Sí, he bailado con Carlos....y a propósito, tanto él como yo tenemos que comunicar a Uds. una noticia

¿Y qué es ello?—preguntó Elvira

—No puedo decir, a él es a quien le corresponde.....

—Pues verán Uds. dijo Carlos—adoptando un solemne tono en el fondo del cual se dejaba traslucir una alegría inmensa—que el papá de Gabriela se ha informado de que ella y yo nos amamos y me ha dicho que no se opone a nuestras relaciones

—Marcelino, viendo que Elvira no decía ni una palabra, y como él esperaba que fuera ella quien primero felicitara a su amiga, dijo dirigiéndose a Gabriela, señorita; reciba Ud. mis felicitaciones. Luego, dirigiéndose a Carlos, ¡Que seas muy feliz!

—Gracias....contestaron los jóvenes—y se alejaron para entregarse de nuevo a las delicias del vals

---¡Cuánto celebro la noticia, señorita; ---dijo Marcelino a su bella compañera--- solamente siento no encontrarme aquí el día en que se verifiquen los esponsales

—¡Cómo! ¿Piensa Ud. partir?—preguntó Elvira

—Sí, señorita; solo espero una correspondencia para ponerme en camino

—¿Y a dónde se dirige Ud?

—A la Habana, lugar donde trabajé por más de cuatro años en una casa comercial. He escrito últimamente a mis antiguos jefes con objeto de volver, pues al embarcarme para Tampico, me ofrecieron que estaban dispuestos a recibirme de nuevo como empleado, cuando quisiera volver

—¿Y por qué se marcha Ud?

—Sería difícil explicar a Ud. los motivos que existen para que haya tomado yo tal determinación; solamente diré a Ud. que sufro mucho y como estoy solo en la vida, mi mayor deseo es vivir cerca de la señora de Martín, esposa de uno de mis antiguos jefes, quien ha sido para mí como una segunda madre; son infinitas las pruebas de maternal afecto que de ella he recibido, y ha sido ella quien recogió el último suspiro de mi padre

—Y....¿no ama Ud. a nadie más que a esa señora que ha sido para Ud. como una segunda madre?

—Sí, si señorita, precisamente por eso, porque amo con toda el alma a una joven que jamás podrá ser mía, porque estoy enamorado de un imposible, porque no me espera otra cosa sino amarguras y dolores; por eso, por eso es por lo que deseo, mejor dicho, ansío abandonar esta ciudad

—Pero . . . ¿ella no lo ama a Ud?

—No. Ni siquiera sabe ella cuán inmenso, cuán infinito es el amor que sólo ella ha despertado en mi corazón

—¿Y por qué no le ha declarado Ud. su amor?—preguntó Elvira con visible emoción

—Porque todo sería inútil, señorita;—dijo Marcelino con amargura,—la joven a quien yo amo es muy rica, mientras que yo nada poseo, y además no tardará mucho en unirse a un hombre que, al par que ella, posee una gran fortuna

—¿Y sabe Ud. si ella está enamorada de ese caballero?

—Nada sé, señorita; pero aunque no lo estuviera ¿qué podría yo ofrecerla?

—Luego,—preguntó la joven—¿cree Ud. que solamente las riquezas constituyen la felicidad!

—No, señorita; pero aunque ella me amara, sus padres tendrían que oponerse, y antes que ella sufriera por mi causa sería capaz de morir

—¡Cuánto debe Ud. amarladijo Elvira, con mal disimulada ansiedad

—¡Con toda el alma! ¡Con toda mi vida!

—Es tan interesante lo que Ud. me dice—añadió aparentando una frívola curiosidad—que siento verdaderos deseos de conocerla; quizá se encontrará en estos salones. Y agregó: si yo pudiera verla aunque fuese por un momentodice Ud. que es muy hermosa

—Divina, señorita, sobre toda ponderación

—Y . . . ¿ha hablado Ud. alguna vez con ella?—se atrevió a insinuar Elvira iluminada por un rayo de esperanza

—Sí, una sola vez desde que la conocí.

—Pues si Ud. ha hablado con ella ¿por qué no me dice Ud. quien es?

—Porque . . . Ud. la conocedijo el joven sin poder contenerse—por que ese angel . . . es—y no tuvo valor para continuar

—Por favor dígame Ud. quien es—interrumpió Elvira que comenzaba a temer que fuera otra y no ella la elegida de su corazón

—Es

Marcelino exhaló un hondo suspiro y reuniendo todas sus fuerzas, exclamó con voz que temblaba por la emoción:

—¡Usted, señorita . . . ! Usted a quien amo desde el primer día que la ví . . .

—¡¡Al fin!!—exclamó Elvira sin poderlo evitar

—Ya ve Ud. señorita,—continuó Marcelino—Yono debiera haberlo dicho . . . yo había jurado que mi secreto moriría conmigotodo es imposible . . .

—¡No diga Ud. más Marcelino!—dijo Elvira pronunciando por la primera vez su nombre—No, es imposible, yo no he nacido para fingir, y aun cuando me cause rubor y no sé que vaya a pensar Ud. de mí . . . no puedo tampoco ocultarlo por más tiem-

po: ¡Yo también le amo! ¿Qué me importan a mí las riquezas si me basta con ser dueña de tu corazón.....?

—¡Qué es lo que he oído, Dios mío? ¡Qué! ¿Me ama Ud. señorita? ¿Me amas tú Elvira idolatrada?

—Sí, si te amo con todo mi corazón— contestó dulcemente la niña oprimiendo con su brazo fino y delicado el brazo de Marcelino para dirigirse al sitio donde se encontraban Gabriela y Carlos en íntima conversación

Como en aquel momento volviera a preludiar la orquesta un rítmico y cadencioso vals, varios jóvenes que no habían perdido de vista a la gentil Elvira, se acercaron para suplicarle les concediese el honor de bailar con ellos, pero ella, pretextando diversas causas, se negó rotunda y resueltamente a bailar con nadie que no fuese Marcelino, a quien en respuesta a la pregunta que le hiciera al dejarla en compañía de Gabriela, de si le concedería bailar con ella otra pieza, había dicho: «Con nadie bailaré más que contigo»

CAPITULO DECIMO

EL RIVAL

El baile había concluído. Los últimos invitados abandonaban el salón, dando el brazo a las damas, que se cubrían el rostro

con sus vistosas mantillas de seda, para guarecerse de la húmeda brisa de la madrugada

En el pórtico del edificio esperaban los automóviles en ordenada formación, entre los cuales sobresalía por su tamaño y brillante apariencia el del opulento señor X. padre de Elvira

Algunos jóvenes se habían estacionado en la puerta de salida para dar, según la costumbre, la última mirada a sus novias. Entre estos se hallaban Marcelino y Carlos esperando a la bella Elvira y a la espiritual Gabriela

De pronto se notó cierta animación en el grupo de personas que estaban tomando sus carruajes. Alguien, que absorbía la atención de todos debía estar dentro de un regio automóvil que acababa de hacer su aparición, porque a su interior se dirigían todas las miradas. En esos momentos pasaron frente a los jóvenes las dos señoritas que salían del brazo del señor X... saludándolos y despidiéndose con una dulce y expresiva mirada a tiempo que el lujoso coche que conducía al interesante personaje que causara la espectación de aquellas personas, se detenía frente al señor X. y a Elvira, que esperaban su coche

En medio de la mayor curiosidad de los espectadores, descendió al fin un personaje de género chico: un hombrecillo rechoncho, quien con la mayor ceremonia se descubrió en una profunda reverencia, tan profunda, que casi tocó las rodillas de Elvi-